

V
EL ARZOBISPO CONFESOR REAL
(1857-1868)

El 18 de marzo de 1857, el Arzobispo de Santiago de Cuba recibió la orden real de trasladarse a Madrid. El 12 de abril, domingo de Pascua, se embarcó en La Habana rumbo a Cádiz. Dejaba a sus amados cubanos con gran pesar, porque eran un pueblo sencillo, por el que había luchado, al que había amado y al que había evangelizado con su fuerza apostólica, hasta el punto de poner en peligro su vida; una situación martirial que sería vivida, en las mismas tierras americanas, por seglares, sacerdotes, obispos y religiosos hasta nuestros días.

El 26 de mayo llegó a Madrid. El mismo día fue recibido por la reina Isabel II y el 5 de junio se hizo oficial su nombramiento de confesor real.

¿Qué razones había para que el popular misionero de Cataluña y Canarias y el arzobispo misionero en las lejanas tierras de Cuba, fuese nombrado para un cargo aparentemente tan poco apostólico y tan burocrático y político?

Podrían aducirse algunas razones, siguiendo a los historiadores y la vida de Claret en Palacio. Por un lado, la credibilidad moral que había alcanzado la figura apostólica del arzobispo de Santiago: un eclesiástico enérgico, con fama de santidad y políticamente independiente. Por otro, la vida física de Claret era, día a día, más insegura, y la situación política y social de la isla, cuyas injusticias y corrupciones había

puesto en evidencia el santo arzobispo, se había vuelto violenta y sangrante. En tercer lugar, el P. Claret, en vista de que su presencia en la isla se veía cada vez más amenazada, escribió al Santo Padre presentándole la renuncia al cargo, si lo creía conveniente. Finalmente, la reina Isabel II, joven e inexperta en medio de las acometidas políticas, deseaba un confesor, un clérigo independiente, experimentado y espiritual, y el P. Claret se ajustaba perfectamente a estas exigencias.

¿Cuál era, en verdad, la situación con la que se encontraba el nuevo confesor real en Madrid? En primer lugar, una España dividida y violentamente enfrentada entre grupos, ideologías y partidos. En segundo lugar, una reina con muchas atribuciones eclesiásticas, como la de nombrar los obispos del país, ratificados después por el Papa. Y en medio de una escena tan compleja, la figura del confesor real, con mucho poder y grandes compromisos.

Hagamos un breve esbozo de la vida del santo catalán en la corte de Madrid.

1. SERVICIO ESPIRITUAL A LA FAMILIA REAL

En un principio, el P. Claret acudía semanalmente a palacio para confesar a la reina; acto seguido, le celebraba la Misa y la instruía después religiosamente. Más tarde la propia reina le pidió que impartiera también instrucción religiosa a la pequeña Infanta Isabel y la preparase para la primera comunión.

El influjo espiritual del confesor en la reina, en su conducta y en las fiestas dentro del palacio saltó pronto a la vista; e igualmente en el grupo de las damas de la corte y del personal restante, a quienes el misionero Claret confesaba y dirigía su palabra.

2. SERVICIO ECLESIAL EN MADRID

El confesor real centró su ministerio sacerdotal en la iglesia de los italianos, la Pontificia y Real Basílica de San Pedro y San Pablo, iglesia propia del Nuncio del Papa, ubicada en la carrera de San Jerónimo, próxima a la plaza de las Cortes. Todos los días, desde las cuatro de la madrugada hasta las doce del mediodía, a menos que tuviera que acudir a palacio, podían encontrarle los fieles en el confesionario, en la capilla de la Escuela de Cristo. Allí mismo estableció ciclos de conferencias para el clero: todas las tardes de los martes se reunían los sacerdotes para estudiar temas de moral, liturgia y espiritualidad. El arzobispo confesor llegaba siempre con puntualidad. La iglesia de los italianos recobró nueva vida, tal y como el 9 de mayo de 1858 comentaba el Nuncio del Papa en Madrid, Mons. Barili, al cardenal de Estado del Vaticano, Mons. Antonelli:

No he de decir a V.E.R. cuan digno y ejemplarísimo prelado sea monseñor Claret, confesor de Su Majestad la Reina. Es verdaderamente un apóstol, en todo su vivir, lleno de celo y de caridad; modestísimo en todo su vivir, ajeno a toda ambición, separado de todo negocio que no sea enteramente eclesiástico, pasa sus días predicando, confesando y promoviendo las obras de piedad. La iglesia de los italianos, junto a la cual ha tomado unas habitaciones para su alojamiento, ha llegado a ser una de las más concurridas de Madrid, constituyendo como el centro de sus apostólicas fatigas. Pero éstas se extienden también a otras iglesias, dando ejercicios, sermoneando en fiestas y novenas, sin descuidar de socorrer y de asistir a las devotas y utilísimas congregaciones de las Hermanas de la Caridad y de las Religiosas de María Santísima de Loreto. Es una verdadera bendición de Dios para Madrid

el que haya venido aquí el egregio Arzobispo; por él se aviva el espíritu católico; los eclesiásticos que quieren cumplir con su ministerio tienen en él un guía y un maestro; la palabra de Dios fructifica y hace volver en sí a muchos negligentes y endurecidos en el mal hábito.

Es muy popular y siempre tiene grande concurso a sus predicaciones, que son sencillas y claras, pero llenas de buen sentido y en extremo persuasivas por la unción y el calor de que sabe animarlas, o por la opinión general que se tiene de sus virtudes y del único fin a que se dirige, que es la gloria de Dios y el bien de las almas.

3. SERVICIO MISIONERO POR TODA ESPAÑA

El joven vicario de Sallent, que sintió por vez primera la ambición apostólica universal en 1839, y recurrió a la Santa Sede para ser enviado a misiones, vivió en la última etapa de su vida aquella primera inquietud apostólica, ahora al servicio de toda la Iglesia: la de España primero y la Iglesia universal después, con su presencia en el Concilio Vaticano I.

Uno de los privilegios de la reina de España era el nombramiento de obispos en sus territorios; un hecho que hoy resulta incomprensible. El proceso seguido —tal y como declara Antonio María Claret en su *Autobiografía*— comenzaba con las consultas que el Ministro de Gracia y Justicia hacía a los obispos sobre sacerdotes idóneos para ser sucesores de los Apóstoles. Los expedientes se recogían en Madrid y, cuando había de nombrarse uno, la reina leía los informes y ordenaba confeccionar una terna de candidatos. Naturalmente, la reina se informaba debidamente de su confesor para afinar sus

decisiones sobre un tema políticamente tan delicado en la España del siglo XIX:

En cuanto a la provisión de obispos, es en lo que más me he ocupado por instrucción de S.M... Quizá en ninguna cosa en España se procede con más equidad y justicia que en los nombramientos de obispos... (Aut., n. 630).

El primer biógrafo de Claret, Francisco de Asís Aguilar, comenta:

A veces los Ministros consultaban directamente al Sr. Claret, que por sus frecuentes relaciones con todos los prelados tenía conocimiento de los eclesiásticos más distinguidos, quién fuese el más a propósito para gobernar la diócesis vacante. Si se preguntaba al Sr. Nuncio, éste solía informarse también con el Sr. Claret. Otras veces el Ministro presentaba una terna a Su Majestad, contentándose con sus propios informes, y en este caso la Reina acostumbraba a quedarse la nota y la enviaba a su confesor para que designase cuál de los tres merecía ser elegido, y siempre daba la preferencia al designado, aunque no ocupase el primer lugar en la terna del Ministro.

"Sin embargo, aquí en Madrid estoy como un pájaro enjaulado, aunque la jaula sea de oro". El P. Claret hubo de soportar muchas y graves dificultades en Madrid, entre otras, la imposibilidad de continuar la evangelización de los pueblos, como lo había hecho en Cataluña. En Madrid se sentía atado y de ahí las dudas que le asaltaron sobre su continuidad en la corte. La Reina apaciguaba esta inquietud, prometiéndole que la acompañaría en sus viajes por España y que podría predicar en las ciudades visitadas.

Los intereses políticos a favor de la estabilidad del Gobierno, aconsejaban aumentar la popularidad de Isabel II. La Rei-

na comenzó un amplio programa de viajes por toda España. De este modo, su confesor, amparado por la realeza, agasajada y honrada, predicaba a toda clase de personas: sacerdotes, seminaristas, religiosas y pueblo. La fama del confesor real empujaba a la gente para que, en todas partes, corriera a oír sus predicaciones.

Los cronistas reseñaron los viajes reales por el Levante español, por Vascongadas, León, Asturias y Galicia; por las Baleares, Cataluña, Aragón y Cantabria; por Andalucía y Murcia; por Extremadura y Portugal. Los pueblos y ciudades de España descubrieron pronto el espíritu apostólico y la austeridad de vida del confesor real. El cronista, pasmado porque en una misma mañana Claret hubiera predicado seis veces, anotaba en el Boletín Oficial de la Diócesis de Burgos:

Trabajo sorprendente, celo y caridad nunca vista en estos tiempos y que parece imposible que pueda soportar una persona en medio de una extrema sobriedad en el comer y de continuas mortificaciones.

El mismo Santo, el 20 de agosto de 1861, decía en una carta al P. Xifré, Superior General de la Congregación claretiana:

Yo, al ver la disposición de la gente, el hambre de la divina palabra, etc., no me puedo contener; así es que todo el día estoy predicando. El día 16 en Burgos hice once sermones: uno de media hora, otro de hora y media al pueblo en la catedral, y nueve de tres cuartos de hora; y al día siguiente hice seis, y no pude hacer más, porque a media tarde tuve que salir con Sus Majestades.

La realidad constantemente repetida a lo largo de los viajes apostólicos de Claret era ésta: el pueblo tenía hambre y sed de la Palabra de Dios; pero la deseaba a través de una palabra clara, inteligible y vehemente, dicha con fervor y convicción.

4. SERVICIO APOSTÓLICO Y EL DRAMA DE LAS DOS ESPAÑAS

Aleccionador es un hecho acaecido durante la visita de la Reina a Andalucía; allí descubrió Claret, sorprendido y alarmado por la fuerza brutal de los hechos, el sufrimiento y la rabia de los pobres: la explotación y el abandono de los jornaleros agrícolas y de los obreros de la ciudad, sometidos al capricho de los terratenientes. Descubrió el mal político y religioso de España con visión amarga y profética: el socialismo reivindicativo, el anarquismo utópico y la violencia de las izquierdas y de los obreros todos, contra la Iglesia. Era el caldo de cultivo que se estaba incubando en Andalucía y que desembocaría en la revolución de 1868.

El Santo nos ha dejado unas impresiones tan crueles como premonitorias de los problemas sociales e ideológicos, nunca resueltos, que se incubaban en España y que explosionarían periódicamente durante muchos años.

El confesor real tomó nota fiel de las ideas que cundían por los campos de Andalucía y que anotó en su *Autobiografía*:

1. *Que el hombre no debe reconocer otro padre ni otra madre que la tierra, porque los hombres son como los hongos y las setas, etc., sin contar con Dios para nada.*
2. *Que los hijos nada deben a sus padres. Y este lenguaje no sólo se hablaba en el seno de las familias, sino también en las calles, plazas, caminos y aun en los Tribunales.*
3. *Los reyes, los ministros, son unos tiranos; no tienen ningún derecho a mandar a los demás hombres. Todos somos iguales.*
4. *La política es un juego para apoderarse del mundo, de la nación, de los honores, de los intereses y de la sociedad.*
5. *No hay más ley que la del más fuerte.*
6. *La tierra no es de nadie; de ella salen todas las cosas; las cosas son para todos y de todos.*

7. *Los ricos son unos bribones, unos ladrones, unos zánganos, que no hacen más que holgar, comer y lujuriar...*
8. *Hermanos, somos iguales, todos somos de una misma naturaleza, pero los ricos nos tratan como si fuéramos de naturaleza distinta e inferior a la suya. Sí, nos tratan como si ellos únicamente fueran hombres y nosotros fuéramos sus bestias de carga y de labor... Ellos no trabajan nunca, están continuamente holgando, están andando, divirtiéndose por los cafés, teatros, bailes y paseos, mientras que nosotros estamos continuamente trabajando... Ellos cada día ponen en sus mesas muchos y regalados platos, y nosotros apenas podemos comer un pedazo de mal pan, que nos hacen pagar muy caro por los monopolios montados.*
9. *Hasta ahora los ricos han disfrutado las tierras; ya es tiempo que las disfrutemos nosotros, y así entre nosotros las dividiremos. Esta división no sólo es equidad y justicia, sino también de grande utilidad y provecho; pues los terrenos aglomerados por los ricos ladrones son infructíferos, y divididos en pequeñas dotes entre nosotros y cultivados por nuestras propias manos, darán abundantes cosechas.*
10. *Además decía y repetía con mucha frecuencia el herrador de hoja, Pérez del Olmo, caudillo de los socialistas: Antes, los hospitales, casas de Beneficencia, las comunidades religiosas, los cabildos, los beneficiados, etc., etc., tenían haciendas, posesiones y rentas, y esos bribones todo se lo han apropiado y hasta se han tomado los propios de los pueblos. De todas esas cosas no nos han dado nada. Justo es que nosotros reclamemos la parte que nos toca; el mismo derecho tenemos nosotros que ellos, y como ellos no nos darán nada, estamos en el caso de tomar lo que nos pertenece.*

Unámonos, pues, todos, levantémonos y manos a la obra.
(Aut., nn. 719-726).

Hasta aquí la exposición cruda y real de Claret. El confesor de la Reina, hombre de Iglesia, no podía aceptar las doctrinas ateas y anticlericales; pero veía igualmente las grandes injusticias sociales y la miseria de los pobres, el afán extraviado de los ricos, poderosos y políticos, y la vida escandalosa de los clérigos aburguesados. Pero lo más preocupante para él era el mal moral, el engaño de dirigentes ideológicos y obreristas, que destruían la fe y la religión en el corazón de los campesinos y trabajadores, mientras les halagaban con promesas utópicas de mejoría social, en aquella España socialmente irredenta y clasista.

Claret formuló una propuesta a la Reina, al Nuncio y a varios prelados; propuesta que desgraciadamente no pudo ponerse entonces en práctica. Su propósito consistía en una campaña misionera y de predicación por toda Andalucía. La predicación —en aquellos tiempos— se reducía a refutar errores más que a comprender los valores reivindicados por los nuevos movimientos sociales; se trataba de una apologética grandilocuente y desfasada de la realidad cultural y social, sin percatarse de que la modernidad y algunas conquistas del liberalismo ganaban el pensamiento y el corazón de muchas gentes. Ni el Estado ni la Iglesia habían comprendido aún el gravísimo problema de injusticia social padecido por los obreros y campesinos españoles, ni el poder ideológico de las organizaciones obreras. Años después, estas fuerzas descargarían su rabia descontrolada contra la España de los ricos y de los políticos, y contra la Iglesia de obispos, sacerdotes y religiosos, insensibles a las justas reivindicaciones.

Abandonada, por escándalos, la fe religiosa, la masa obrera se echaría en brazos de una fe laica en una justicia radical, en una libertad total y en la destrucción de todo poder; pondría en marcha su peculiar "lucha misionera", consistente en trabajar por todas las latitudes con la pistola y el fusil. Todos éstos eran los "males de España", de los que hablaba con toda razón el misionero Claret; éstas eran las hondas raíces de las dos Españas

que, enfrentadas a muerte, se encontrarían fatídicamente el 18 de julio de 1936, al estallar la guerra civil española.

No dejaba de indicarlo, ya en su siglo y en forma atemperada pero clara, el confesor real, Antonio María Claret:

De unos años a esta parte ha aumentado la apatía, tanto en los gobernantes como en los eclesiásticos; y los socialistas y protestantes la han aprovechado. Y mientras unos se han dormido, los otros han sembrado cizaña sobre el bello campo andaluz.

5. SERVICIO DEL FUNDADOR A LOS MISIONEROS DE VIC

De vuelta a España, el confesor real se puso en contacto directo con sus misioneros de Vic. En el lapso de 10 años el grupo se había desarrollado poco, tanto en el número de sus componentes como en las nuevas obras apostólicas. Claret se había dado cuenta de ello. El fundador, enriquecido por la experiencia misionera como pastor de una gran archidiócesis y con una visión amplia y rica de la Iglesia, había evolucionado y preveía nuevas formas de acción misionera para sus compañeros de Vic, a los que se las sugería con gran respeto. A su vez, los misioneros de Vic, tras 10 años de estricta observancia de las Constituciones primitivas de 1849, se inclinaban por reformar algunos puntos, poco acertados en la práctica.

Por todo ello se revisaron las Constituciones primitivas, y en esta tarea la aportación del valioso magisterio del fundador fue decisiva. Él presidió las primeras juntas generales de la Casa Misión de Vic, viajando desde Madrid tres veces: en mayo de 1859, en julio de 1862 y en julio de 1864.

Pidió igualmente al P. Xifré, sucesor del P. Esteban Sala como Superior General, que le facilitase la compañía de algu-

nos claretianos con los que vivir en comunidad. Así sucedió. Claret puso en común su sueldo de confesor real y, en convivencia y comunidad de bienes, el confesor real y fundador vivía y era uno más del Instituto.

6. SERVICIO ECLESIAL:

RESTAURAR Y CONSERVAR LA HERMOSURA DE LA IGLESIA

No estaría completo el breve diseño que acabamos de hacer de Claret si silenciáramos su gran inquietud por la renovación de la Iglesia.

Esta faceta eclesial del P. Claret está avalada por varios hechos:

- 1º- La dolorosa experiencia de la Iglesia malherida que conoció en Cataluña.
- 2º- La no menos dolorosa experiencia de la Iglesia cubana.
- 3º- La reposada lectura, hecha en su viaje de Cuba a Madrid, de unos manuscritos que la fundadora de las Misioneras Claretianas, M. Antonia París, le había entregado en la Isla; en estos documentos la M. París proponía diversas medidas para renovar la Iglesia:

La sierva de Dios entendió que, para que la Iglesia se renovara y enriqueciera con los dones del Espíritu, tenían sus miembros que volver a una fidelidad exacta al Evangelio. Las normas del seguimiento de Cristo, tenían plena actualidad. Se era cristiano en la medida en que se es discípulo del Señor Jesús. Ella habla con frecuencia de la Ley de Dios, entendiendo no los mandamientos éticos, comunes a todos los cristianos, sino el Sermón de la Montaña, las Bienaventuranzas, y las palabras con que Cristo

describe la vocación de sus seguidores. Estamos, pues, ante uno de esos momentos privilegiados en que un profeta o una profetisa (Francisco de Asís, Teresa de Ávila, Charles de Foucauld) recuerdan a la Iglesia sus orígenes. Toda renovación es una vuelta al Evangelio.⁵

- 4º- Uno de los puntos fundamentales a reformar era el sentido y vida de pobreza de sacerdotes y religiosos, dado que la riqueza inmueble que había heredado la Iglesia española era inmensa y, por ello, se veía violentamente agredida por los gobiernos liberales de Madrid.
- 5º- En su larga travesía de Cuba a España, Claret se sintió identificado con esos documentos de la *VI París* y redactó unos *Apuntes de un Plan para conservar la hermosura de la Iglesia*, que imprimiría después y distribuiría a los obispos españoles, bajo el título más discreto de *Apuntes que para su uso personal y para el régimen de la diócesis escribió...* (Madrid, 1857).
- 6º- ¿Cuál era el contenido de este Plan? El Arzobispo Claret iba más allá que la *M. París*: incluía la importancia de la predicación, la recomendación de "que haya una casa de Misioneros evangélicos en cada diócesis", la revisión de la vida de los religiosos y la insistencia en la pobreza de los ministros del Evangelio.

Como puede verse, la voluntad del misionero Claret de renovar la mentes y la conciencia del pueblo cristiano, se dirigía ahora, con renovado esfuerzo, a los sacerdotes y religiosos, orientados por los obispos.

Indudablemente, el Arzobispo de Cuba ponía el dedo en la llaga de una Iglesia urgentemente necesitada de reforma espiritual, moral y pastoral. En efecto, el Plan de Claret llegó a manos

5. Juan MANUEL LOZANO: *Una vida al servicio del evangelio. Antonio María Claret*. Ed. Claret, Barcelona, 1985, pp. 325-328.

de los obispos, muchos de los cuales coincidieron con su autor en la necesidad de reformar la vida de la Iglesia española.

7. LAS CRUCES INTERIORES DEL CONDECORADO CONFESOR REAL

La Reina no consiguió que su confesor aceptase más condecoraciones que las grandes cruces de Isabel la Católica y de Carlos III. Pero las cruces interiores de Claret eran más pesadas; si hemos visto el anverso de la medalla, hemos de ver también su reverso. Claret aseguraba que esas cruces eran el medio de que el Señor se servía para que no se encariñara con la vida de la Corte madrileña. Eran el peaje espiritual pagado, que Claret ofrecía generosamente en favor de la Iglesia española. Fue uno de los últimos servicios que pudo prestarle; y lo hizo con amor, fidelidad y dolor.

Las causas concretas de esas cruces interiores son largas y complejas. Nos limitaremos a insinuarlas. En todas las biografías de Claret están debidamente relatadas.

La primera cruz del confesor real fueron los amores extramatrimoniales de Isabel II, casada con su primo, el rey Francisco. Fue un problema grave y doloroso, tanto por razones de Estado como por motivos sacramentales y eclesiásticos, que afectaban a su confesor, al Nuncio y hasta al mismo Papa. Por fin, la Reina, joven y apasionada, obligada a un matrimonio más por razones de estado que por amor, y no sin largas dilaciones, pudo romper sus amores secretos con un oficial de la Corte.

Una segunda cruz, grave también, fue el reconocimiento oficial por parte de la Reina, presionada por su gobierno, del llamado Reino de Italia, es decir, la usurpación de los Estados Pontificios por el nuevo gobierno italiano. Situemos los hechos. Desde 1860, Italia había entrado de lleno en el movi-

miento *primavera de los pueblos*, a fin de conseguir la unidad nacional de los pequeños reinos en que estaba dividido el país. Para conseguir esta unidad se destronó, por la fuerza, al rey de Nápoles, Francisco II, y se arrebataron al Papa los Estados Pontificios, reduciéndolos al actual Estado del Vaticano y poco más. La opinión española estaba dividida: los católicos moderados y conservadores no lo reconocían; pero sí los demócratas y liberales. Isabel II, "engañada y amenazada", firmó el reconocimiento. A pesar del afecto y fidelidad de la Reina para con su confesor, éste cumplió su palabra y se ausentó de la Corte, en señal de su desacuerdo y protesta; y no regresó hasta que sus consejeros y la indicación delicada del mismo papa Pío IX, al que visitó personalmente en Roma, favorable a que no abandonara a la Reina, le hicieron cambiar de parecer. Y volvió a Madrid.

La tercera cruz fue la gestión, como presidente, del Patronato del Real Monasterio del Escorial, para la que fue nombrado por Isabel II. El nuevo presidente, partidario siempre de una buena formación para los futuros sacerdotes, lo convirtió en un seminario pionero de la formación espiritual y cultural de los seminaristas, dotándolo de los mejores educadores y directores espirituales, de los medios bibliográficos mejores y de las técnicas más avanzadas. Sus propósitos y realizaciones fueron, sin embargo, obstaculizados, y su gestión sometida a duras críticas y graves acusaciones, ampliamente difundidas en España, que el tiempo se encargó de esclarecer debidamente.

La causa de la última cruz fue el propio confesor real: en una España regida eclesiásticamente por una reina católica y practicante, en tanto que un sector de la sociedad y de la clase política era liberal y desafecta a la Iglesia, y un sector de la izquierda era violentamente contrario a la religión, la figura apostólica, austera, recta y apolítica de Claret fue centro de una campaña de críticas, sospechas, acusaciones, burlas y di-

famaciones de todo género. Un sector de la prensa fue el gran protagonista. De tal forma cautivó esta campaña a un amplio grupo de ciudadanos que, hasta muchos años más tarde, no se deshizo del todo esta leyenda negra contra la figura de Claret. Escribió Azorín:

Nos hallamos en presencia de un caso interesantísimo de mistificación histórica. Existen dos Claret; uno forjado por sus perseverantes calumniadores, y otro real y efectivo. Nunca, quizás, se habrá llevado el espíritu de ficción a tal extremo. La realidad era una, y la detracción era otra. Los hechos estaban a la vista de todos, y los hechos eran desfigurados, ocultados, subvertidos. Todavía en livianos artículos y en arteros libros de historia prevalece el Claret ficticio... Al ser beatificado Claret (1934), muchos habrán tenido una sorpresa.

8. UN CONTEMPLATIVO EN LA ACCIÓN

No podemos terminar sin hacer referencia a una faceta fundamental del arzobispo confesor real. Uno de los mejores historiadores de San Antonio María Claret, Juan Manuel Lozano, ha escrito un libro con un título revelador: *Un místico de la acción*. A pesar de su gran capacidad de acción, de organización, de iniciativa, de predicación, de publicista y de atención espiritual a toda clase de personas, Claret tuvo tiempo para leer y rezar mucho. Su jornada diaria comenzaba hacia las cuatro de la madrugada y terminaba bien entrada la noche. Los historiadores resaltan las tres o cuatro horas dedicadas al descanso nocturno.

En este período histórico repleto de responsabilidades, dificultades y críticas, San Antonio M. Claret consiguió una vida

interior madura, de raíz cristológica; vivió identificado con el Cristo misionero, con el Cristo de la pasión, con el Cristo de la muerte y de la resurrección. Era el motor oculto y activo de su fe, de su fuerza y de su alegría interior, en medio de sus luchas en bien del pueblo de Dios y de la Iglesia de Jesucristo. Las tres horas diarias de oración eran la fuente de donde manaba su fuerza, su serenidad, su ardor y su fidelidad al título de Misionero Apostólico. Aun en medio de la mayor actividad, no dejaba de vivir la comunicación con Dios en oración y contemplación.

Terminada su etapa en la corte de Madrid, acompañó al exilio a la destronada Isabel II. Prosiguió en París su ministerio episcopal predicando a comunidades y a grupos de españoles. En Roma, durante la primera y única sesión del Concilio Vaticano I, hizo una valiente y testimonial defensa del papado. Se retiró después a una de las comunidades claretianas exiliadas en Francia, Prades del Conflent. Perseguido aún en el exilio, se refugió en la Abadía cisterciense de Fontfroide, cerca de Narbona, donde los monjes le ofrecieron fraterna hospitalidad. Próxima ya su última jornada, aspiraba sólo a descansar definitivamente en las manos de Dios Padre. Exclamaba, con palabras de San Pablo: *Cupio dissolvi et esse cum Christo* (deseo únicamente morir y vivir con Cristo). De este modo, casi solo, lejos de sus misioneros, asediado y perseguido, descansó definitivamente en el Señor, el 24 de octubre de 1870. Contaba 63 años. En la losa sepulcral del cementerio monacal, se grabó la sentencia aplicada al gran Papa Gregorio VII, perseguido y muerto en el exilio, en Salerno (1085): *He amado la justicia y aborrecido la iniquidad. Por eso muero en el exilio.*

A los pocos años de su muerte, su amada Congregación de Misioneros, a la vuelta del exilio en Francia, se extendió lozana por España, América Latina, Estados Unidos y África. Hoy, los casi 3.000 claretianos que forman el Instituto trabajan en 56 naciones de los cinco continentes.